

EL

# ANGEL DEL HOGAR.

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADEBLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO



## SUMARIO.

*Hija, esposa y madre*, (continuación), por María del Pilar Sinués de Marco.—*Juicio del año*, por D. José Marco.—*La buena fama*, por Fernán Caballero.—*Deberes de la mujer*, (continuación), por D. Eusebio Blasco.—*Hijo por hijo*, (continuación) por doña María Mendoza de Vives.—*Esplotación y aplicación del figurín*, por Pamela.—LÁMINA.—Un figurín.

Con este número se reparte además el pliego primero del tomo tercero de la *Galeria de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

**CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.**

## PARTE SEGUNDA.

ESPOSA.

DEDICATORIA.

*A las Esposas.*

*Para vosotras escribo esta segunda parte de mi libro, jóvenes que ya lleváis sobre vuestros delicados hombros el grave peso de los deberes conyugales, tan áridos algunas veces de cumplir.*

Vereis en ella por cuantas pruebas puede pasar la mujer virtuosa y cristiana, y como todo lo vencen la paciencia y la dulzura: como consuela todos los pesares la confianza en Dios, y como no hay que desesperar nunca de la providencia, que suele sacar la alegría del seno mismo del mas acerbo dolor.

*Si la vida no tuviese amargas pruebas, no se llamaria valle de lágrimas: no hay que buscar en ella felicidad completa: el cielo tiene sus nublados; la vida los tiene tambien: mas para disiparlos está la augusta luz de la razon, y la llama sacrosanta de la fé cristiana: ellas nos alumbran en las tinieblas de la vida y nos hacen esperar otra mejor y mas dichosa.*

En tanto que las jóvenes reposan bajo el techo paternal, sus deberes son muy sencillos: las graves luchas son las de la esposa: tres figuras vereis en estas páginas: compadeceid á la una é

*imitad á las otras dos que salen triunfantes de las mas duras pruebas.*

*Esto es lo que espera y esto es lo que desea  
que suceda vuestra amiga,*

La autora.

## I.

MÉLIDA Á MME. HONORIA.

Urrea de Jalon, Noviembre de 18...

Estoy muy triste, querida amiga mía; triste porque ya he perdido la esperanza de que venga V. á pasar algunos días á mi lado: triste, porque mi buena mamá vá á separarse de mí: triste, sobre todo, porque aquí no soy amada.

Y no crea V. que, al decir esto, me refiero al pobre Bautista—así desea él que le llamen—ni á su padre, ni á su hermano: él me adora: el bondadoso anciano solo vé por mis ojos, y Santiago me quiere con todo su corazón.

Su madre! la madre de mi esposo es la que no puede vencer la antipatia que me profesa: es su madre la que es mi enemiga!

Afecta tratarme con una consideracion que me abruma, y otras veces me encarga de los quehaceres mas penosos y mas rudos: al dia siguiente de casarme, me levanté un poco tarde: ella misma me sirvió el desayuno cuando me vió y me dijo con mas afectacion que buena voluntad:

—Señora, esta no es la hora en que nos levantamos aquí.



—Señora! repetí yo dolorosamente asombrada.

Ella no hizo caso, y prosiguió:

—Se levantará V. temprano, y dará de comer á las gallinas; luego arreglará su cuarto, y sacará todas las provisiones de la despensa.

—¡Madre! exclamó Bautista enojado. Mélida no se ha ocupado jamás de esas cosas, y V. no habrá querido que yo me case con ella para hacerla infeliz!

—¡Cómo se entiende! ¿ha venido aquí acaso solo para hacer la señora? exclamó irritada la anciana.

—No, repuso mi marido: pero tampoco es justo que la obligue V. á desempeñar tan desagradables quehaceres.

—Yo haré, con el mayor gusto, todo aquello que tu madre me mande, observé: ¿no hacia lo que me mandaba la mía?

—¡Pero no serian esas cosas!

—Eran otras: ¿qué mas dá? desde mañana, madre mía, daré de comer á las gallinas, sacaré las provisiones, y ayudaré en todas las faenas de la casa.

Me pareció que las enjutas mejillas de mi suegra se habian puesto algo encarnadas: bajó la cabeza y salió de la estancia sin proferir una palabra.

A la mañana siguiente, me levanté muy temprano: pero Bautista, que se hallaba despierto, se vistió conmigo y los dos bajamos al corral.

Yo cojí grano en mi delantal; pero Bautista quiso quitármelo.

—¡Dame eso y yo lo haré!

—¿El qué?

—¡Lo que tú vas á hacer! ¿no faltaba otra cosa!

—No, déjame por hoy; me harás compañía: pero yo quiero ver cómo comen las aves.

Arrojé al suelo el grano que llevaba en mi delantal, y una nube de pavos, gallinas, pollos, ánades y gansos, vino á picarlo, dando aletadas y graznidos de alegría.

El cielo estaba azul, límpido y sereno; la naturaleza entera despertaba entonando al Hacedor un himno de gratitud; á pesar de la tristeza que experimentaba, sentí que la vista de aquellas aves, de aquel cielo, de aquel sol, me

reanimaban y hacian descender hasta mí un rayo de alegría.

—¡Pobre Mélida! exclamó mi marido, estrechándome entre sus brazos: tú, hija de la Condesa de Campoverde, reducida á desempeñar estas ocupaciones! ¡ah!.... ¡por qué te has casado conmigo!

—Por que te amaba, le respondí.

—Y, sin embargo, acabarás por aborrecerme! ¡Oh, qué injusta es mi madre! pero yo pondré á esto un remedio: nos iremos á la ciudad, en la que ya debia estar siguiendo mi carrera.

—Pero no es cosa convenida que vas á dejarla? le pregunté yo.

—Así iba á hacerlo, por dar gusto á mi madre; pero he pensado otra cosa: ya que ella es cruel para tí, yo haré mi gusto.

—Ya hablaremos de eso: vamos arriba, que ya ha comido esta alada tropa.

Así que llegamos, saqué las provisiones y arreglé nuestra habitacion, quitándole el polvo, y dejándola limpia y bonita.

Es una gran sala con alcoba en la que hay: dos camas iguales de hierro, cubiertas con colchas blancas, y entoldadas por mí con muselina: mi suegra no accedia á semejante gasto: pero como yo, gracias á la generosidad de mi madre, tengo dinero, compré lo que me hacia falta y las cosi.

Las sillas son de caoba, con los asientos de anea: una cómoda, un lavabo y dos sillones completan el mueblage de mi habitacion matrimonial: hay en ella además un lindo reclinatorio y un velador para la costura.

A Juan le daba antes su padre algun dinerillo de vez en cuando para sus gastos: ahora no le han aumentado la cantidad que constituye el donativo, pero él tenia algunos ahorrillos y todo lo gasta en chucherías para complacerme: me trae un hermoso ramo de flores; ó va á la cercana villa y me compra un frasquito de agua de olor: y todo esto me lo presenta con una timidez, y con un rubor que le hace mil veces mas apreciable.

Pero, ¡ay! nada consigo hasta ahora con prevenir todos los deseos de mi suegra: es una de esas mujeres de condicion áspera y desapacible que no están contentas nunca, ni con los demás, ni consigo misma.



Yo confío, sin embargo, que su corazón se ablandará y que me hará justicia: entonces seré dichosa, y hoy lo sería, si viese risueño su verdadero semblante.

Adios, amiga mía, y pídale al cielo paciencia y fortaleza para su pobre Mérida que á veces desfallece y se aflige: á no ser porque me sostiene Juan con sus consuelos y su cariño, aun estaría mas abatida.

A estas horas, ya habrá V. visto á Clara: tengo, en medio de mis penas, la satisfacción de creerla completamente dichosa: espero con ansia carta suya, pues nos hemos prometido escribirnos.

Valentina ha marchado ya á París con su marido, y la Mariscala se restablece si bien muy lentamente.

En fin, mi buena mamá se vuelve á Madrid: ¡ah! qué triste separación será ésta para mí! Vá á habitar, sola, una modesta pero linda casita que ha comprado cerca de la de Clara.

Ya sabe V. cuanto la ama su amiga

MÉLIDA.

(Se continuará.)

Maria del Pilar Sinués de Marco.

## JUICIO DEL AÑO.

Ya espiró, lectoras mías,

El año sesenta y cuatro

Y llegó el sesenta y cinco

Que le seguía los pasos.

Un año más! Para el triste

Que ha vivido en el engaño,

Que olvidando sus deberes

De la virtud no ha hecho caso,

Y sin pensar en mañana

Tan solo al hoy se ha entregado,

Un año más es la voz

Helada del desengaño,

Un grito de la conciencia

Que le acusa de sus actos.

Más para aquel que su vida

Ha dedicado al trabajo

Sin dejar nunca la senda

Que la virtud le ha trazado;

Para aquel que al desvalido

Ha concedido su amparo

Y en cada prójimo suyo

No ha visto mas que un hermano,

Es un hermoso presente

El recuerdo del pasado,

Un año más significa

Que hacia el cielo ha dado un paso.

Mucho y bueno nos promete

El año en que hemos entrado;

El sol reina y ya sabemos

Que todo lo dora este astro.

Por esto dicen que el oro

Por el suelo ha de ir tirado

Que habrá paz y que darán

Tales cosechas los campos

Que para poder vivir

No tendremos que ganarlo.

Lo positivo, lo fijo,

Y esto no son calendarios,

Es que hemos de ver el sol

Todos los días del año...

A escepcion solo de aquellos

En que el cielo esté nublado.

Y salga Febo ó no salga,

Desde luego aseguramos

A las bellas suscriptoras

Que nos favorecen tanto,

Que nuestro ANGEL DEL HOGAR,

Agradecido y ufano,

Cuarenta y ocho visitas

Les hará durante el año,

Llevándoles en cada una

Ya modelos de peinados,

Ya figurines muy lindos,

Labores de cañamazo

Y crochet, patrones útiles

Y dibujos de bordados.

Que á mas les contará historias

Y anécdotas que harán gratos

Los instantes que dediquen

Al conveniente descanso,

Dándoles buenos consejos

Que irán siempre encaminados

A inculcarles el amor

A la virtud y al trabajo

Para que logren así

Ser de su hogar el encanto.

Esto, indulgentes lectoras,

Es lo que debe importaros,

Y dejad que pase el tiempo,



Ya sereno, ya tronando,  
 Por que de todas maneras  
 El Ser Supremo, en sus fallos,  
 Reserva un premio á los buenos  
 Y un castigo á los malvados,  
 Y un año más significa  
 Para aquel que bien ha obrado  
 Que vá á recoger su premio  
 Y hácia el cielo ha dado un paso.

José Marco.

La poesía popular, olvidada ó mirada con desden hasta hace poco, ocupa hoy, como es bien sabido, un lugar muy digno y preferente en la literatura. Casi nadie fijaba antes la atención en esa multitud de bellas tradiciones conservadas de padres á hijos con toda su primitiva sencillez: ahora, por el contrario, los mas eminentes publicistas las recogen ávidamente, deseosos de salvarlas del olvido, y las personas sensatas é ilustradas gozan en la lectura de esas humildes historias, admirando ya los tesoros de ternura y sentimiento que revelan, ya las lecciones de grave moral que muchas de ellas, semejantes á las parábolas, encierran.

El inspirado Fernan-Caballero es, como todos saben, uno de los escritores que cultivan en nuestra patria con mas acierto este género de literatura, y aun puede decirse es el primero que lo ha dado á conocer. Este aplaudido autor ha tenido la oportunidad de narrar esos *ejemplos populares* con el mismo sencillo lenguaje con que generalmente se escuchan, dejándoles así todo su natural encanto, y un sello de originalidad del que seguramente carecerian á estar referidos en mas elevado tono. Quitar á esas apacibles leyendas el estilo sóbrio que les es peculiar, seria lo mismo que despojar á una graciosa aldeana de su fresca y suave corona de flores poniéndole en su lugar otra de brillante pedrería, adorno impropio que, en vez de prestarle belleza, la haria acaso ridícula.

Entre estas gratas narraciones merece especial mencion una que, con el título de *La buena fama*, publicó el ya citado novelista hace algunos años en el periódico *La razon católica*, y reprodujo en la *Coleccion de artículos religiosos*, que dió á la estampa el año 1862 en Cádiz, en

una seccion intitulada: *Ejemplos recogidos de boca del pueblo*.

No podemos resistir al deseo de darla á conocer á nuestras lectoras, seguros de que será de su agrado.

### LA BUENA FAMA.

Ejemplo.

Habia una niña muy hermosa, criada por sus padres con mucho recato y temor de Dios, que muy jovencita tuvo la desgracia de perderlos. Vivía retirada, y no salia mas que á la iglesia por las mañanas temprano, ni iba á parte alguna, sino á casa de una buena vecina, mujer muy honrada, que le proporcionaba costura con que mantenerse.

Pero las miradas de los hombres corrompidos y disolutos penetran mucho, y dañan cuanto alcanzan como la de los basiliscos. Así fué, que varios de estos infucos, que abundan en todas partes, se propusieron enamorar á la hermosa niña y sacarla de la buena senda; pero todo lo que hicieron al intento fué en vano: su corazon, sus oídos y su casa permanecieron cerrados á toda seducción, como el paraíso cuando lo guardaba el Angel.

Exasperado el mas audaz y mas malo de todos, la amenazó con que se vengaria, si se mantenía en no darle oídos; y cuando vió que ni por temor á sus amenazas accedía la niña á sus ruegos, púsolas por obra, publicando por todas partes que era una hipócrita y que él habia sido en secreto, y sin gran resistencia de su parte, su correspondido amante.

Como el mundo está siempre predispuerto á creer todo lo malo que del prójimo se dice, la pobre niña quedó en poco tiempo completamente difamada.

Veía la inocente que los mismos que antes la querian bien y la saludaban, la miraban ahora con desvío y con sonrisa burlona; que las gentes honradas que antes la hablaban, ahora le volvían la espalda, y no podía atinar con la causa de estas mudanzas, hasta que por último su buena vecina se la manifestó, añadiendo que sentía, porque la quería bien, tener que decirle que en adelante no podía permitir la intimidad que con sus hijas tenía, porque aunque no fue-





ra cierto lo que sobre ella decían, era el hecho que habia perdido su buena fama, y que la de sus hijas padecería si se trataban con ella.

¡Un rayo no hubiera podido herir y anonadar en mayor grado á la pobre niña de lo que lo hicieron estas palabras! Retiróse á su aposento llena de dolor y de vergüenza, y cayendo de rodillas, suplicó al Señor la llevase á sí, sacándola de un mundo en el que, como flor marchita por el hálito de una serpiente, no habia ya lugar para ella en el vergel de las gentes honradas. Y como si Dios hubiera accedido á plegaria tan honesta y justamente motivada, desde aquel día empezó á enfermar aquella flor marchita por el vil gusano de la calumnia que roía su corazón.

Vamos ahora á que el mal alma que habia robado á esta inocente su único bien, su buena fama, andaba tan descuidado viajando por esos mundos, y siguiendo su viciosa vida, como aquel que cree que no se ha de morir nunca. Sucedió que la capital, en que á la sazón se encontraba, fué súbitamente invadida por una espantosa epidemia.

Las epidemias, cuyas causas y orígenes no ha podido averiguar el hombre, que tanto sabe y tan comprensivo se cree que quiere explicar á Dios, y no explica la causa de una dolencia de su cuerpo que á la vista tiene, las epidemias, digo, los terremotos, las tempestades y otras calamidades, son avisos que Dios envía al hombre para que entre en sí y retroceda en la senda del mal. Muchos desatienden estos avisos, pero también á otros les sirven de gran provecho, haciéndoles entrar en sí y echarse en brazos del solo que socorre y salva.

Uno de estos afortunados fué el calumniador, cuya conciencia despertó cuando se vió cerca de la muerte, y le puso patente ante los ojos, como un santo Juez, la enormidad de su culpa, lo que le aterró tanto que, estando cercano á la corte de Roma, marchó á ella, se echó á los pies del Sumo Pontífice, y le confesó su pecado. Su Santidad le puso por condicion para absolverle, que remediase del modo que pudiese el daño que habia causado, y le dió por penitencia que entrase á orar en las iglesias que, en su viaje de vuelta, hallara á su paso.

Así lo efectuó sumiso el penitente.

Llegó á su pueblo en una hermosa noche de luna, y al pasar frontero á su iglesia, extrañó notar la puerta entreabierta, y su interior alumbrado. En cumplimiento de la penitencia impuesta, entró á orar; pero ¡cuál no sería su asombro cuando vió en medio de la nave un féretro que alumbraban y custodiaban cuatro blandones, cuya luz grave, clara y serena cuando posa solemne sobre un cadáver, parece el alba del resplandeciente día sin noche de la eternidad!

—¡Infeliz! pensó al divisar aquel abandonado cadáver, que no tuvo casa en que quedar depositado, y pidió á Dios la suya que presta su Divina Magestad á todos los desamparados! ¡Desdichado, que no tuvo parientes, deudos ni amigos que le velasen, y acudió á que lo hicieran estas luces de la iglesia, que del mismo modo honran y alimbran el cadáver de los poderosos que el de los míseros!

Acercóse al féretro y retrocedió aterrado. En él yacía el cadáver de la flor que su vil calumnia ajó, y que mataron dos roedores gusanos, el dolor y la vergüenza.

Huyó despavorido, pero encontró las puertas de la iglesia cerradas. Cada vez mas asombrado, trató de esconderse; pero ¿dónde, que ante los ojos no tuviese aquel féretro colocado en medio del templo, en el centro del foco de luz que esparcían los blandones?

Sus ojos fijos y espantados no podían desviarse de aquel cuadro de terror y de irresistible atracción.

Entonces vió que la muerta levantó su escualida cabeza, y que como si le faltasen las fuerzas, la volvió á dejar caer.

El infeliz, extraviado por el espanto, huyó á otro lado, pero ninguno estaba tan desviado que no llegase á él la luz de los cirios, ni tan apartado que no alcanzaran sus miradas al centro.

Vió entonces que la muerta se incorporó y se sentó en su ataúd; pero también esta vez parecieron faltarle las fuerzas, y volvió á caer en la caja. Finalmente, por tercera vez se incorporó, y saliendo del féretro dirigióse con paso lento hácia él, que, postrado de rodillas, las manos cruzadas, los ojos extraviados, empezó á decirle:

—¡Perdona, perdóname piadosa! ¡Sabe que he reconocido mi enorme delito; que me pesa,



me pesa, me pesa!... y que peregrinando venia con el cargo y la firme intencion de restituirte la buena fama que en mal hora te quité.

La muerta, con un gesto, le mandó que le siguiese. Encaminóse, seguida por él, á la pila del agua bendita, y llegado que hubieron á ella, le hizo seña de que la vaciase. Trémulo y desalentado, apresuróse él á cumplir con lo mandado. Cuando la pila estuvo vacía, le dijo la muerta con voz grave y severa:

—Recoge ahora el agua vertida y vuelve á llenar la pila.

Asombrado se quedó el penitente de tan extraño mandato.

—¿No ves, exclamó, que no existe ya el agua... que el suelo la ha absorbido, y que es imposible volver á recoger ni una sola gota?

A lo que la muerta repuso en tono solemne:

—La buena fama en el hombre es como el agua bendita en la pila: si una vez se derrama, no podrá el que la derramó recogerla y restituirla.

A la mañana siguiente halló el sacristan, cuando entró en la iglesia á un hombre accidentado junto á la pila del agua bendita. Vuelto en sí de su accidente, no pudo hablar ni dar noticias acerca de su presencia en aquel lugar, porque su lengua se habia secado. Entró de lego en un convento, en que hizo una vida ejemplar y penitente, y donde murió en opinion de santo.

Fernan Caballero.

## DEBERES DE LA MUJER.

(Continuacion).

Comentarios.—El amor propio.—Verdades amargas.

### I.

La historia de los amores de Casto y de Paulina es una prueba, si mis lectoras no se oponen, de que la mujer mas corta de ingenio puede, inspirada por el amor, llegar á obrar con el talento mas elevado en la cuestion amorosa-social que el sexo bello está destinado á resolver.

Si aquella muchacha hubiera dejado que Casto se alejara de ella; si, como suele decirse, se hubiera acomodado á las circunstancias, hubiera resuelto con tino el problema?

¡Oh! no; mil veces no. Entonces pudiera haber dicho el malicioso estudiante que Paulina no le amaba. Entonces casi hubiera tenido el derecho de decir que *todas* finjen amor por matar el tiempo.

Esas comparaciones, esos cargos, esos insultos que el bello sexo dirige al sexo feo, no reconocen por amor mas que el recuerdo de alguna historia que ha tenido un desenlace completamente distinto del que la que hemos referido tuvo.

Bien haya el ingenio que se emplea en hacerse amar dignamente! Bien haya la intriga noble (si noble puede ser la intriga) que tiene por objeto la realizacion de la felicidad de toda la vida!

Dos amores se dividen el corazon humano. El amor propio y el amor ajeno; y estos dos amores que en el hombre son una parte principal de todos los sucesos de la vida, son en la mujer la parte y el todo; el conjunto de pasiones que por aquellos fueron engendradas.

Tomando por base de las presentes observaciones el axioma sentado en otro artículo de que la mujer no reflexiona casi nunca, bien se puede decir ahora que si, como debiera, reflexionara, podria ver claramente que el amor propio tiene un límite, y que, efecto de esta falta de reflexion es el fatal resultado que suelen tener sus raptos de ira.

Está probado que dos no riñen si uno de los dos no quiere.

¿Porqué, pues, riñen tanto los hombres y las mujeres?

El amor propio podria responder á esto:—*Yo tengo la culpa.*

El uno se da por ofendido de que la otra no cumplió exactamente una exigencia ridicula. La otra se da por ofendida de que el uno «parece» que hoy está mas indiferente que ayer. Ya es el hombre el que no puede consentir que la mujer salude á otro antes que á él; ya es la mujer la que no puede tolerar que el hombre mire con buenos ojos á una cualquiera. Y esto repetido mil y mil veces; esto llevado desde el amor al matrimonio y desde el matrimonio á los tribunales, da por resultado la falta de creencias en la religion del amor, la falta de paz en





el hogar doméstico, la falta de dulce cariño en los últimos años de la vida.

Solo así se comprende que haya en el mundo tantas *jamonas*, tantos *solterones*, y tantos abogados que ganen dinero.

Por la mas pequeña reyerta... *adios amores, juventud placeres!*

—Yo no cedo.

—Tampoco yo.

—¡No me quieres!

—¡Ni tú tampoco!

—¡Todo acabó entre los dos!

—¡Si te he visto, no me acuerdo!

Y todo porqué? Por falta de mútua tolerancia. Por mútuo esceso de orgullo. No hay gente mas mala en el mundo que los hombres y las mujeres,

## II.

Con tetricos colores,—se me dirá— quiere usted pintar el estado de las gentes que mantienen amorosas relaciones. Desde el principio de este libro hasta la presente página, hemos visto comprobada la triste verdad de que el hombre no puede ser feliz, porque la mujer no sabe hacerle dichoso.

—Así es; respondería el autor de muy buena gana si no temiera el enojo de sus bondadosas lectoras.

Ustedes, preciosa mitad del mundo, han dado en la fatal mania de hacerse dueñas y señoras de los *picaros hombres*, como ustedes nos llaman, por medio del sistema del terror: y no es ese el camino.

La mujer que toda es dulzura y bondad, no puede representar bien el papel de tirano en este drama del cual es el hombre el principal personaje.

Pero... fuerza es confesarlo. La culpa es de la sociedad, no de la mujer. La falta educacion, y ella no es culpable sino se la han dado.

Antes de ser interpelado, me apresuro á explicar mas claramente lo que acabo de dejar escrito.

No quise decir que á la mujer la falte esa educacion accesoria que la familia de hoy cree que es la mas apropiado para producir buenas esposas y buenas madres. Bien sé yo que todas ó casi todas mis lectoras sabrán coser admirablemente, hacer *crochet* y otras labores mas deli-

cadas, cantar un rondó ó una cancion andaluza, tocar admirablemente el piano, cortar un patron para una *levita*, pintar un paisaje, hablar dos ó tres idiomas, y hasta el español, si se me apura. Bien sé que habrá leído muchas novelas francesas, el libro de *La mujer*, de Catalina, las leyendas de Zorrilla, y *El diablo mundo*: bien sé que será tan instruida como el mas instruido; pero...

Este *pero* merece capítulo aparte.

(Se continuará).

Eusebio Blasco.

## HIJO POR HIJO.

(NARRACION DE UN SUCESO.)

(Continuacion.)

## V.

Antes de avanzar en nuestra descolorida narracion, conviene retroceder un poco é iniciar al lector en secretos que desconoce y cuyos minuciosos detalles son, por decirlo así, el hilo que entrelaza los sucesos de esta historia.

El dia en que riñó Salvador con su madre y salió de la casa diciendo que no volveria, pensaba irse á Gerona para sentar plaza de soldado.

Seguro estaba de arrepentirse luego de semejante locura, pero su dignidad de hombre se sublevaba ante la dura dependencia de una madre exigente é inconsiderada, sin hallar otro medio para sustraerse á ese yugo, que el de cambiarlo por otro mas terrible.

Salvador, dotado por el cielo de las mejores cualidades, rechazaba por instinto, si bien el respeto sellaba sus lábios, los grandes defectos de su madre; defectos cuidadosamente velados al público con la apariencia de caridad y virtud que daba á todas sus acciones; prestado manto que en el interior de la familia arrojaba á veces como fatigada, patentizando á los ojos de su hijo su odiosa hipocresia.

Nada hay mas triste para un buen hijo, que conocer los defectos de sus padres; el deber le manda callar y el respeto ser ciego ante aquellos; pero su razon se subleva, menoscabándose el cariño en la secreta lucha.

Incapaz el jóven, al entregar las cuentas se-



manalmente á su madre, de cercenarle un maravedí, maldecía, sin embargo, su sórdida avaricia, y guardaba por ella y por los sufrimientos de Coloma un amargo y secreto rencor.

(Se continuará).

Maria Mendoza de Vives.

#### ESPLICACION Y APLICACION DEL FIGURIN.

##### Modelos para bailes de trajes.

FIG. 1.<sup>a</sup> *Traje de joven de Moldavia*: vestido de cachemira blanca, de falda bastante corta y recortada en la parte inferior en aberturas distanciadas; estas aberturas se guarnecen con un galon oriental de cachemira amarillo con una ligera mezcla carmesí: todo el espacio de los recortes, está ocupado por una tira de gros azul de Nápoles que pasa el largo de la cachemira como unos seis dedos.

Cuerpo redondo y un poco ancho, de cachemira blanca, fruncido ligeramente en la cintura: sobre este cuerpo, va figurado, con grós de Nápoles azul, un pequeño escote, y un chaleco abrochado con botones de seda: todo el pecho y espalda están ocupados por gruesos cordones de seda amarilla con madroños que figuran un suntuoso bordado.

Manga ligeramente fruncida en la sisa, con puño en la parte inferior, abrochado con botones de plata aluminio; una abertura en la parte inferior, se llena con una pieza de grós de Nápoles, y figura otra manga interior.

Un doble delantal de tisú argelino cae por delante y por detrás de la falda; los extremos de este delantal, ó segunda falda, se unen en las caderas, por cadenas de gruesos eslabones, formados de cordon de seda amarillo ó bien de oro mate; en este caso, el adorno del pecho deberá ser tambien de oro.

Gorrito de raso grana, bordado de trencilla de oro: este gorrito se compone de tres piezas, como el de un niño de primera edad.

Peinado dividido en dos bandas que terminan en trenzas, sujetas al extremo por un lazo de cinta azul.

Zapatos con punta aguda, y un poco vuelta de raso grana, bordados en soutache de oro.

Medias de seda blanca ó lila.

Recomendamos este lindo traje á las jóvenes

señoras, cuya delicada salud no les permita ponerse escotadas: se puede hacer de gran valor, sustituyendo todas las pasamanerías del pecho, las cadenas de los costados, y la greca de la falda blanca, con galones de oro fino: tambien admite joyas riquísimas, como pendientes, broches y collares entre los adornos del vestilo.

FIG. 2.<sup>a</sup> *Traje de génio*: se compone de tres faldas de tul blanco, sobre las que caen otras dos de tul verde de agua; la de encima está adornada por una guarnicion de plumas, carmesí y color de oro.

Cuerpo de tul blanco cubierto de tul verde y sujeto por un cinturon de grós blanco, bordado de coral en rama, y abrochado por delante por una rama del mismo coral: en los hombros ramas de coral: del cuerpo sale una falda pequeña de tul verde guarnecida de grandes plumas rosa y carmesí: las faldas verdes mayores están abiertas en el costado derecho, y esta abertura sujeta con una rama de coral.

Mangas cortas, ajustadas y guarnecidas de un galon de oro.

Collar y grandes brazaletes de oro; pendientes de lo mismo de gran tamaño, y estilo indio.

Corona formada de un retorcido de tul verde y tul grana, que sujeta plumas grana y amarillas.

Medias de seda blancas.

Zapatos de raso blanco con lazos de gasa de oro.

Dobles ajorcas de oro en la garganta del pié.

Cabellos destrenzados, que ondean por la espalda.

Ahora que tan gran favor alcanzan los bailes de trajes, creemos hacer un servicio á nuestras suscriptoras, presentándoles estos dos lindísimos modelos: el segundo nos parece encantador para señorita muy joven, y le recomendamos á las que tengan la tez morena y los cabellos negros; se puede hacer en casa con poco coste, pues ya se sabe el moderado precio á que cuesta el tul, y su gran anchura.

Pamela.

Por todo lo no firmado,

MARÍA DEL PILAR SINCÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 14.





618.

Imp. Mariton.

*Ne peut être reproduit.*

LA FRANCE ÉLÉGANTE

Journal des Dames et des Salons

*publié par la Société des Journaliers de Modes réunis.*

*On s'abonne au Bureau : rue St Anne 64. à Paris.*

Ayuntamiento de Madrid